



**Presentación de Roberto Ampuero en la Conferencia “La Libertad y sus Desafíos”,
organizada por LyD en el marco de su aniversario N° 25**

En estas semanas tuve una de las experiencias más productivas y aleccionadoras que me ha tocado vivir con respecto a Chile: Fue durante la gira nacional de presentación de DIÁLOGO DE CONVERSOS, que realizamos con mi amigo y coautor del libro, Mauricio Rojas, y un equipo de la Fundación para el Progreso (FPP). Visitamos en 14 ciudades, de Arica a Punta Arenas, gira que cerramos en un auditorio de Torres del Paine.

En rigor, no fuimos sólo a hablar del libro sino también a escuchar y aprender de las regiones que visitamos, de los sectores sociales con que nos encontramos y, algo esencial, de las generaciones con las cuales conversamos. Escuchando, aprendimos mucho. Aprendimos a ver cómo se ve a Chile desde fuera de la capital, aprendimos a sentir cómo se siente al país desde sus márgenes y el abandono, y aprendimos a entender cómo entienden a Chile los que trabajan, aman y mueren lejos de los círculos de las elites de Santiago que nos aíslan y a menudo nos vuelven sordos e insensibles a mucha aspiración, a mucha pregunta sin respuesta, a mucho desasosiego y a mucha desazón soterrada y aun en germen en el país.

Hubo un encuentro con estudiantes del sur que me impactó en especial. Cuando les pregunté cómo les enseñan en el colegio la historia reciente, la respuesta fue: "Mi colegio es de tradición conservadora, pero mis profesores en ramos humanísticos son de izquierda. Con respecto a 1989 no vimos el fin del comunismo sino que el de la dictadura de Pinochet. Es en el colegio, a los 14 o 16 años, donde a muchos los influyen con la visión socialista. Es natural porque, ahora que soy universitario, veo que la izquierda dura arrasa en las elecciones de las carreras de pedagogía, una izquierda a la izquierda del PC".

En conversaciones en universidades recibimos otros mensajes inquietantes: al parecer, la mayoría es apolítica y no acude a votar, una minoría vocinglera y organizada milita en la izquierda, y una minoría muy fragmentada y con escasa formación política se identifica con posturas de centro, derecha o liberal. Estos sectores sufren a menudo bullying político, pues la izquierda se encarga de recordarles que son minoría. También hay departamentos vinculados a las humanidades y ciencias políticas donde durante

mucho tiempo no había ido nadie de centroderecha o liberal a dar una charla o presentar un libro. En ciertas universidades muchos estudiantes perciben que no hay garantía de poder presentar un libro como DIÁLOGO DE CONVERSOS, LA REBELIÓN DEL SENTIDO COMÚN, de José Ramón Valente, o LA TIRANÍA DE LA IGUALDAD, de Axel Kaiser, sin ser funado.

En la FILSA sufrimos una protesta anarquista exprés en contra de nuestro libro: 3 encapuchados envueltos en túnicas negras, rodeados de algunos jóvenes, arrojaron panfletos frente al stand donde firmábamos DIÁLOGO DE CONVERSOS. Estaban dirigidos en contra de mi persona y mis novelas, anunciaban que continuarían las protestas pues yo carecería del derecho a escribir novelas sobre iconos políticos de izquierda como Allende o Neruda. Existe un fascismo de derecha y otro de izquierda, este último se manifestó en la FILSA con total impunidad.

Relato todo esto sin ánimo alarmista sino simplemente para esbozar la gigantesca y ardua tarea que espera a quienes no militamos en izquierda jacobina en la batalla de las ideas. El camino es largo, empinado y sinuoso, pero hay que transitarlo. No hay atajos ni soluciones mágicas. Me recuerda el oficio de escribir novelas: necesitas 1% de inspiración, el 99% restante es de transpiración. No llevo soluciones bajo el brazo, sólo intuiciones, propuestas y sugerencias aisladas, que de algún modo pueden ir hilvanándose con otras ideas de otros amantes de la libertad.

Permítanme, por ello, compartir 12 breves reflexiones en defensa de las ideas de la libertad en el Chile de hoy:

PRIMERO: Urge pasar del preocuparse al ocuparse, de la lamentación a la defensa de nuestras ideas, por diversas que sean. A estas alturas sabemos que mientras la izquierda cultivó sus tradiciones e iconos culturales, formó cuadros y definió objetivos, quienes no concuerdan con ella descuidaron -descuidamos- todo eso. Creímos que las tasas de crecimiento y los índices de desarrollo hablan por sí mismos, generan reconocimiento transversal, inspiran a toda la gente y la lleva a vivir con un sentimiento de gratitud perpetua. Nos equivocamos.

SEGUNDO: Los niveles de progreso son para las personas tan fugaces como el tiempo. Se los percibe como un peldaño que una vez alcanzado se torna trampolín para alcanzar uno superior. Parafraseando a José Martí, podemos afirmar que el progreso no es altar sino pedestal para seguir ascendiendo. El progreso es una novedad que se añeja más rápido que el pan. Por lo mismo, el progreso libera y estimula, satisface y causa placer, pero nada tarda en volverse freno, molestia, obstáculo descartable, creando así demandas, necesidades y preguntas nuevas. Tempus fugit, decían los antiguos: lo nuevo, también es fugaz. Vita brevis, ars longa, decían también los antiguos: disponemos de poco tiempo para aprender el extenso arte de dar la batalla de las ideas, podríamos afirmar hoy.

TERCERO: Se debe ser expansivo y superar los espacios propios, no debemos limitarnos a interactuar con quienes piensan como uno o casi como uno. El arte de la política y también el de la batalla de las ideas es saber sumar. El verdadero desafío consiste en avanzar hacia territorios nuevos aunque en un comienzo uno crea que está sembrando en el mar. He arado en el mar, se lamentó un día Bolívar, harto del continente que contribuyó a liberar. Habrá que hacer el esfuerzo e ir en pos de esos mares que a menudo son tierras fértiles, como lo demuestran las elecciones de Argentina y Venezuela. ¡Qué grandes lecciones de optimismo y trabajo unitario nos dan a los chilenos esos países!

CUARTO: No sigas diciendo lo que hay que hacer y esperando a que otros lo hagan por ti, sino hazlo tú mismo. Muchos de los que estamos aquí valoramos altamente la iniciativa individual y emprendedora, ajena al colectivismo y el estatismo, pero pareciera que tendemos a esperar que alguien, un partido, un movimiento, una autoridad, otro, haga lo que uno cree se debe hacer, pero no hacemos lo que decimos que otros deben hacer.

Esto parte de lo más simple, como enviar cartas a los medios o participar en programas de radio o ser columnistas, brindar charlas en instituciones, promover libros, películas o documentales, y conmemorar fechas emblemáticas. Por ejemplo: ¿Quién de ustedes celebró en familia o entre amigos el 25 aniversario de la caída del Muro de Berlín, o los 25 años de la reunificación alemana, fechas que tienen un fuerte contenido de libertad y expresan de modo inobjetable el triunfo de esas ideas sobre el estatismo?

QUINTO: Siguiendo en esta lógica: Es necesario impulsar la creación de y la participación en movimientos sociales que se identifiquen con la defensa de la libertad. Ninguno de los partidos chilenos, esenciales para el funcionamiento de la democracia, está dando el ancho y es probable que necesiten tiempo para ponerse en forma o reinventarse. Si bien los partidos son insustituibles, en este momento de descrédito carecen del liderazgo o, mejor dicho, no bastan por sí solos para influir en la dramática batalla actual por la redefinición del destino de Chile.

SEXTO: Think out of the box. Esto, traducido al chileno de hoy, significa para los amantes de la cultura de la libertad no seguir pensando a Chile desde Santiago y de espaldas a regiones. El malestar transversal del norte es un volcán en ebullición silenciosa. El sentimiento de abandono de Aysén y Magallanes está a flor de piel y en algún momento volverá a aflorar con vehemencia. Lo que están sufriendo compatriotas en La Araucanía - hablé con gente que ha perdido a familiares, que deben usar chaquetas antibalas y autos blindados, que se ven obligados a cambiar de universidad a los hijos por temor al bullying político- no es un elástico infinito. Atención merece también el tema de Rapa Nui y los atacameños. Urge tener presencia en regiones, pero no con el fin de inocular las visiones de Santiago sino para, junto con las regiones, construir una auténtica visión de país. Hay que ir a regiones para entender sus voces y sensibilidades, hay que ser capaces de pensar e imaginar a Chile fuera de las 3 o 4 comunas de Santiago que históricamente han

pensado e imaginado a Chile desde su estrecha perspectiva. Falta aquí una dimensión regional y popular.

SEPTIMO: Corresponde tener mayor conciencia del factor generacional. Muchos nos hemos puesto viejos, algunos envejecimos mejor o peor que otros, pero son muchos más los hijos de una época posterior al quiebre de los años 1970 y carecen, por lo tanto, de toda responsabilidad de lo que ocurrió antes y después del golpe militar. Tampoco debe ignorarse que millones de chilenos nacieron o crecieron tras la masificación de las nuevas tecnologías. Todos ellos son chilenos muy diferentes, con otra sicología, valores, sueños, ambiciones, frustraciones y apatías, son hijos de un mundo más abierto, con menos fronteras, con mayor consumo y mayores exigencias.

En mi época juvenil uno debía tener al menos 30 años para ser tomado en serio, había que tener 30 años y al menos un traje oscuro con corbata para ser tomado en serio. Las nuevas tecnologías cambiaron todo. Debemos escuchar a esos jóvenes, interactuar con ellos, aprender de ellos sin idealizarlos, compartir con ellos, analizar este Chile con ellos y soñar el Chile mejor al que aspiramos con ellos. Padres de centro, derecha o liberales suelen cometer un error que los de izquierda jamás cometen: eludir la conversación política con los hijos.

OCTAVO: Aprendamos también otra cosa de la izquierda: su interés por estudiar y difundir su propia cultura política. ¿Estudiamos acaso a los fascinantes intelectuales amantes de la libertad? ¿Cuánto hemos leído de Locke, Tocqueville, John Stuart Mill, von Mises, Hayek, Isaiah Berlin, Jessie Norman, Hannah Arendt, Mario Vargas Llosa? ¿Hay secciones de cultura en los partidos, movimientos y fundaciones? ¿Nos ocupamos de cómo se enseña la historia de Chile y el mundo a nuestros hijos y nietos? “Modificar el pasado no es modificar un solo hecho: es anular sus consecuencias, que tienden a ser infinitas”, dice Jorge Luis Borges. La historia está compuesta de voces y silencios, y se escribe desde el presente, y por eso es factible construir “La mala memoria”, como reza el título de una novela de Heberto Padilla.

NOVENO: Aprendamos algo más de la izquierda: ella sabe lo que es la política de alianzas. Una alianza no es un partido político. Admite más variedad y presupone más variedad, y esa hay que saber respetarla pues la unidad se construye en torno a la coincidencia –no la identidad- de visiones con respecto a un objetivo preciso, que se acuerda por un período.

En cambio, la izquierda tiene una visión clara de lo que es la política de alianzas. Lenin, Stalin y la época de los frentes populares les enseñaron a reflexionar sobre la unidad en la diversidad, sobre la importancia de definir al adversario u objetivo principal, y de separarlo de lo que son las diferencias secundarias propias de quienes comparten un objetivo temporal. La oposición en Chile se ve tan perjudicada por el caudillismo y personalismo como la izquierda, pero esta es capaz de reunir bajo un mismo sombrero

desde el PC y el MAS, que respaldan al régimen que reprime a los DC y masones en Cuba, como a los mismos DC o PRSD de Chile, víctimas en la isla de sus aliados en esta tierra.

No hay duda de que es más fácil disciplinar a quienes viven de la política que disciplinar a personas que también tienen vida, y una muy buena vida, más allá de la política, fuera de la política. Pero esto exige una cuota de sacrificio y una visión política amplia, pero implica también algo cultural: estar dispuesto a conocer y comprender al otro desde su historia, sus sensibilidades, sus convicciones y tradiciones. Implica conocimiento, tolerancia, coincidencia mas no identidad.

DÉCIMO: Es esencial no caer en el negativismo como sector. El panorama se percibe sombrío e incierto, pues vivimos indiscutiblemente bajo el peor gobierno desde la recuperación de la democracia, y resulta difícil encantarse con el presente o las perspectivas. Convocar a un nuevo “piensa positivo” sonaría estos días como crueldad para muchos chilenos.

Pero necesitamos, desde luego, un discurso esperanzador. Necesitamos avanzar a dos aguas: una realista, que muestre los problemas del país y la gravedad del curso que se ha propuesto la Nueva Mayoría, y otra positiva, que ilumine un camino de esperanza. Lo peor de un mal gobierno, como el que tenemos, no es sólo que perjudica a los chilenos que viven bajo su administración sino también a los que vienen, a quienes les deja como legado un pesado collar de melones.

Reconozcamos que la izquierda entiende de recoger a tiempo inquietudes sociales, que dispone de buen diapason, pero carece de pericia en la gestión. Nosotros somos algo sordos en eso pero peritos en la gestión. Ellos saben hablar bonito de los problemas, nosotros sabemos solucionarlos

DECIMOPRIMERO:

Hay varios temas que las personas amantes de la libertad parecen haber abandonado. Uno de ellos es el tema de los chilenos en el exterior. Asumimos que todos votarán por la izquierda. No estoy tan seguro. No creo que muchos de los que vivieron el exilio en países comunistas sigan encantados con los modelos que conocieron bajo Honecker, Ceaucescu, Gierek, Husak o Breshnev, y creo que muchos de los que vivieron el exilio o residen en Europa occidental, EEUU, Australia o Nueva Zelanda también han aprendido allá que la política no es sólo voluntarismo y que el populismo no es el mejor consejero ni la panacea para los males de Chile. ¿Qué mensaje le tenemos a los chilenos que viven en el extranjero?

Y en este sentido surge otra pregunta: ¿Contamos con alguna postura hacia los inmigrantes y ante la política migratoria? ¿Tenemos algo que decir o callamos hasta ver en qué dirección se desarrolla el impacto de la inmigración en Chile? La historia europea

muestra que los políticos reaccionan ante esto siempre a último minuto, con medidas parche y de emergencia, y buscando votos, no soluciones en interés del país, que incluye a todos, incluso a quienes se afincaron recientemente en forma legal en él. Aquí se precisa una política pragmática y compasiva, que posibilite un manejo adecuado, consensuado, de largo plazo y que considere la dignidad de los inmigrantes, y que cautele los derechos y atienda a la sensibilidad de los chilenos.

Y en este sentido permítanme proponer que elevemos más a menudo nuestra mirada por sobre las fronteras de Chile. Es importante impulsar la solidaridad y el apoyo a movimientos y víctimas de la represión, el estatismo y el populismo, como en Cuba, Corea del Norte o Venezuela. Es un deber que tenemos como país porque muchos chilenos fuimos acogidos durante la dictadura militar en otros países, unos democráticos, otros totalitarios.

Es cierto: en los setenta y ochenta chilenos de derecha respaldaron al régimen de Pinochet mientras chilenos de izquierda respaldaban a regímenes totalitarios en Europa, África, Asia y el Caribe. El diestro manejo de la información en Chile ha dejado encadenado a un sector a una dictadura, pero silencia al mismo tiempo algo evidente: hoy ningún movimiento o partido de derecha o centroderecha o liberal respalda o justifica a dictadura alguna en el mundo, mientras decisivos sectores del oficialismo siguen identificándose con totalitarismos como el de Cuba o Corea del Norte y regímenes de dudosas credenciales democráticas como el de Nicolás Maduro o Rafael Correa.

DECIMOSEGUNDO:

Conviene replantearse la importancia del estudio de las humanidades, de la educación cívica, la práctica del debate fundamentado y respetuoso, el relato completo de la historia, la recuperación de la política como el arte de sumar y buscar consensos. Las humanidades permiten, como lo sostiene Martha Nussbaum, “empatizar” con el destino del otro. Hay que reconstruir las comunidades sin renunciar a la singularidad y la libertad de cada ser humano. No hay una contradicción insalvable entre comunidad e individuo. El rol central del individuo impide que un país caiga en la lógica colectivista.

Chile necesita aprender de la continuidad más que de la ruptura radical. Sólo progresan los países que pueden construir sobre los acuerdos amplios y consensuados, alcanzados por gobiernos anteriores. Rechacemos el síndrome de Cristóbal Colón, tan común y nefasto entre los mandatarios de América Latina: la historia comienza cuando yo llego.

Para cerrar: la izquierda afirma en estos meses que la derecha perdió la batalla de las ideas. Como a menudo ocurre, la izquierda se equivoca en varios sentidos: primero, porque confunde el gerundio con el participio. En efecto, la izquierda está ganando hasta

ahora la batalla de las ideas, pero esto no es un proceso cerrado, sino dialéctico –como diría un marxista- y por lo tanto abierto, con “open end”.

También se equivoca la izquierda al hablar sólo de “la derecha”. Los que hemos perdido la batalla por descuidarla, pero que estamos reaccionando somos muchos y más diversos de lo que la izquierda imagina: aquí hay diversidad: liberales, conservadores, centristas, centroderechistas, demócratacristianos, independientes, agnósticos, ateos, etc. Se trata fundamentalmente de personas que se identifican con la cultura de la libertad, que admiten haber descuidado la batalla de las ideas pero que hoy recogen el guante, y salen a la arena con sus argumentos, razones, convicciones y pasiones, y convencidos de que nadie es dueño de la verdad y de que la historia no ha terminado.

FIN